SOBRE LAS "TEOLOGIAS DE LA LIBERACION":

Texto Completo de la "Declaración de Los Andes"

■ Fue suscrito por 24 teólogos, filósofos y estudiosos de las ciencias sociales, pastores y laicos de distintas nacionalidades, y será enviado a la Santa Sede.

El siguiente es el texto completo de la declaración suscrita ayer en nuestro país por 24 teólogos y especialistas en ciencias sociales, pastores y laicos de distintas nacionalidades, acerca de las denominadas "teologías de la liberación".

Este texto, el primero en su tipo en el mundo, será enviado a Su Santidad Juan Pablo II; al Prefecto de la Sagrada Congregación de la Doctrina para la Fe, cardenal Joseph Ratzinger, y traducido a cinco idiomas.

"DECLARACION DE LOS ANDES"

1. Nosotros los que abajo suscribimos, pastores y laicos cristianos, estudiosos de la filosofía, la teología y las ciencias sociales, nos hemos reunido durante los días 24 al 28 de julio de 1985 cerca de la ciudad de Los Andes, Chile, y al pie mismo de la cordillera andina, bajo la convocatoria de la Revista COMUNIO para Hispanoamérica, que tiene su sede en Santiago, con el objeto de examinar la respuesta que ofrecen las llamadas teologías de la liberación al grave desafío que para la conciencia cristiana representan la miseria y la marginalidad de vastos sectores del pueblo latinoamericano.

2. Los participantes de este Seminario Internacional venimos de países muy diversos, y es grande la variedad de nuestras experiencias, actividades y publicaciones. El denominador común que nos une, que estuvo en el origen mismo de nuestra convocatoria, y que ha presidido los prolongados debates de nuestra reunión, es esencialmente éste: una fidelidad plena al Evangelio tal como es profesado por el Magisterio eclesial, así como a la enseñanza social de la Iglesia y al contenido de la Instrucción «Libertatis nuntius», emanada de la Congregación para la Doctrina de la Fe, a cuya luz, y sintiendo la preocupación por nuestras comunidades, especialmente por los más pobres, hemos trabajado durante estas intensas jornadas.

3. El estudio de esa Instrucción de la Santa Sede, comparada con la producción teológica a la cual sus propios autores han aplicado y aplican el título de "teología de la liberación", nos ha permitido comprobar una vez más que, si bien bajo ese nombre coexisten corrientes bastante diversas entre sí, sin embargo, los planteamientos descritos en los apartados VI a X de la Instrucción no son construcciones hipotéticas, sino pronunciamientos realmente contenidos en numerosos libros, ensayos y artículos que circulan por toda América latina, tal como se documenta en las ponencias presentadas en el Seminario.

4. La teología de la liberación tal como la entienden los autores aquí citados, pretende ser una "nueva manera de hacer teología" desde la óptica del "oprimido" y tomando como fuente y criterio supremo de la verdad teológica una cierta interpretación de la praxis liberadora. A partir de ahí se exige una relectura esencialmente política de la Palabra de Dios, que llega a interpretar la entera existencia cristiana, la fe y la teología, en clave política. Esta politización radical es agravada por el recurso no crítico a una hermenéutica bíblica racionalista que prescinde de esos criterios exegéticos básicos que son la Tradición y el Magisterio.

5. Estamos persuadidos de que el defecto fundamental de esta teología de la liberación radica en su misma concepción del método teológico, es decir en aquello que la Instrucción «Libertatis nuntius» llama "su principio hermenéutico determinante" (X-2), al que acabamos de referirnos. Aceptamos plenamente los dos criterios para un auténtico método teológico señalados por la Congregación para la Doctrina de la Fe en su Notificación del 11 de marzo de 1985 sobre un libro de uno de los teólogos de la liberación. A saber:

a) El primado de la herencia común. Con anterioridad a las situaciones concretas y particulares, el teólogo dispone de una "herencia común del único Evangelio, hereditario, de una vez para siempre, por el Señor a nuestra fidelidad". La primera preocupación del teólogo ha de ser esta herencia común, que debe recibir, interpretar, desarrollar y aplicar a las diversas situaciones históricas. Las Iglesias particulares son Iglesias exactamente en la medida en que son, en un determinado tiempo y lugar, expresión y actualización de la Iglesia universal. El verdadero discurso teológico no puede jamás encerrarse en los límites de una Iglesia particular.

b) La praxis no puede ser en ningún caso el acto primero o fundacional de la reflexión teológica. La praxis y las experiencias nacen siempre en una determinada y concreta situación histórica. Esas experiencias concretas pueden ayudar al teólogo en su lectura del Evangelio para hacerlo accesible a su tiempo. Pero anterior a la praxis está la verdad que el Divino Maestro nos ha confiado. "La praxis no sustituye, ni produce la verdad, sino que está al servicio de la verdad que nos fue entregado por el Señor". La fe no nace de la praxis; la ilumina y orienta. Es superior a la praxis y la precede ontológicamente. Es el verdadero acto primero de la teología.

6. Si lo dicho vale para cualquier tipo de praxis, en el caso concreto de ciertas teologías de la liberación se torna mucho más problemático por adquirir en ellas la "praxis liberadora" un sentido claramente tributario del marxismo. No podemos en consecuencia silenciar la realidad de algunos aspectos claves del fenómeno liberacionista que, como dice la Instrucción en su párrafo introductorio, resultan "ruinosos para la fe y la vida cristiana", justamente porque "recurren de modo insuficientemente crítico, a conceptos tomados de diversas corrientes del pensamiento marxista". El estudio atento del pensamiento, tanto de Marx como de los neomarxistas actuales, permite ver el poderoso influjo que ha ejercido sobre esas teologías, y el carácter no crítico de su recepción dentro de su discurso teológico-social; influjo teórico que, sean cuales fueren las intenciones subjetivas, tiende a traicionar la verdadera opción preferencial por los pobres en América latina, y viene a constituir un peligro fundamental para la fe del pueblo de Dios.

7. La teología puede y debe hacer un uso fructuoso de las ciencias sociales. Pero, por una parte, no cabe aceptar la subordinación del discurso teológico al discurso de ciencia positiva alguna. Por otra, no se puede reconocer valor científico al análisis marxista de la sociedad ni a la interpretación dialéctica de la historia, cuyo carácter ide-

ológico resulta patente. Finalmente, debe rechazarse que en nombre de ninguna ciencia se llame al pueblo cristiano a obrar en una dirección político-social única, desconociendo su derecho al legítimo pluralismo en materias temporales, ahí donde la fe cristiana no impone una solución única. Estas tres confusiones se hallan presentes en el punto de partida mismo de las teologías de la liberación señaladas en el párrafo anterior.

8.— Compartimos plenamente aquellas interpretaciones del acontecimiento capital del Exodo y de la predicación profética del Antiguo Testamento, así como de la predicación del propio Jesús en los Evangelios, que ponen de manifiesto su fuerza liberadora y su exigencia de transformaciones no sólo individual sino también histórico-social. Pero se hace violencia a la palabra de Dios cuando se la interpreta arbitrariamente leyendo la Biblia con criterios exegéticos de corte racionalista y con ojos esencialmente políticos, cuando no clasistas, que distorsionan los principales acontecimientos de la historia de la salvación y los proyectan fuera de su horizonte ético-religioso auténtico.

9.— Se nos presenta a Jesucristo como el "subversivo de Nazaret", inserto e intencionalmente comprometido en la "lucha de clases" de su tiempo, y se nos describe su vida y su muerte liberadora como la de un simple mártir de la causa popular, aplastado por el "establishment" judeo-romano imperante. Sin duda se pretende así poner de manifiesto la dimensión histórico-social y aún política de la vida de Jesús. Ciertamente el Señor se movió dentro del contexto social de su lugar y tiempo. Pero esa imagen de un "Jesús histórico" muerto por el pobre y contra el rico como clases, no procede del mensaje del Nuevo Testamento sino del a priori de una dialéctica del conflicto, y contrasta hondamente con la fe de la Iglesia en puntos fundamentales. Por una parte, el misterio del Verbo encarnado y de la naturaleza divina de Cristo resulta, si no negado abiertamente, al menos tan oscurecido y deformado, que la Iglesia ya no puede reconocer en esa versión su propia fe tal como ha sido definida en los primeros Concilios. Por otra parte, el carácter sacrificial-salvífico de la muerte del Señor se disipa en favor de una interpretación política de su crucifixión, cuestionando el sentido salvífico de toda la economía de la redención. El misterio profundo de la pasión y muerte de Jesús y la medida insondable del amor de Dios Padre que se nos revela en ella, resultan así oscurecidos, y se oscurece también el misterio radical del pecado, y de la propia dignidad del hombre objeto de ese amor divino inconmensurable. Sólo a la luz de estos misterios, tal como los proclama la fe de la Iglesia, se comprende el sentido integral de la redención: Cristo nos liberó esencialmente de la esclavitud radical del pecado, y por eso mismo su liberación debe proyectarse también eficazmente en el esfuerzo por remover las servidumbres económicas, sociales y políticas que derivan del pecado, anunciando y anticipando así la liberación definitiva del reino de los cielos.

10.— Con respecto a la Iglesia, sin desconocer el amor a los pobres que puede descubrirse en algunos teólogos de la liberación, debemos añadir con dolor que en la figura de una "Iglesia popular", tal como la presentan estas teologías, no podemos reconocer el rostro de la verdadera Iglesia de Cristo. Está, en efecto, oscurecido por la confrontación dialéctica entre una supuesta Iglesia del pueblo y la Iglesia Jerárquica y sacramental, que resulta descalificada de antemano, y a veces aún combatida, en virtud de una crítica generalizadora que le atribuye carácter burgués-capitalista o complicidad con la opresión. Nos declaramos en comunión con la Iglesia una y única y con su historia entera, presente y pasada, que ha atravesado momentos de crisis y períodos de sombras, pero que ha estado siempre animada por el Espíritu Santo y se ha esforzado por ser fiel a la voluntad de su Señor y a la disposición de servicio que debe definir a la comunidad de sus discípulos, manifestada en múltiples obras de amor a los pobres y a los que sufren.

11.— La expresión "opción preferencial por los pobres" proclamada por las conferencias episcopales de Medellín (1968) y Puebla (1979) constituye una señal privilegiada de autenticidad evangélica. La evangelización de los pobres es un signo mesiánico que mira a la liberación de todas las miserias y servidumbres de la existencia humana. Pero esta afirmación ha sido en ocasiones interpretada y aplicada de forma unilateral, que pervierte su inspiración bíblica. Se reduce la pobreza a su aspecto material y, lo que es más, se la interpreta de acuerdo con una sociología conflictual. El pobre es así identificado con el proletario visto según una óptica de lucha de clases con su correspondiente e inevitable partidismo. El resultado es una reflexión teológica y una predicación eclesial centradas casi exclusivamente en las cuestiones socio-económicas, a veces con acentos amargamente reivindicativos y aún más frecuentemente con preterición u olvido de dimensiones esenciales de la fe y de aspectos básicos de la experiencia humana. Percibimos la desazón de muchos que, a causa de la aplicación de una equivocada forma de entender la opción por los pobres, se sienten abandonados e ignorados en sus aspiraciones y necesidades religiosas, y advertimos cómo una predicación reduccionista crea vacíos religiosos que son con frecuencia ocupados por las sectas.

12.— La presentación de la verdad como identificada con la praxis, y la equivalencia práctica entre salvación cristiana y liberación socio-política, presuponen un monismo histórico (cfr. Instrucción, IX, 3), del que derivan un reduccionismo antropológico y un totalitarismo político, este último tanto más grave cuanto que resulta sacralizado. La fe cristiana nos revela la vocación divina del hombre y, en consecuencia, el sentido profundo de la historia y de toda situación humana. La predicación eclesial debe, por tanto, ayudar a juzgar todo acontecimiento en referencia a Dios, y a mover una acción que incida eficazmente en la historia. Pero es necesario subrayar al mismo tiempo que la existencia humana no se reduce a las dimensiones políticas, ni tiene en la política su eje dominante, sino en la relación con Dios. Esta realidad debe ser proclamada con total nitidez, pues de ella dependen la defensa de la vocación trascendente de la per-

sona humana y la afirmación de su libertad.

13. En nuestro debate hemos tratado de ser fieles a la verdad, con el ánimo de preservar de toda ideologización la doctrina de la fe, y en particular el amor a los más pobres. Nos oponemos a toda práctica económica, social, cultural y política que atente contra las aspiraciones a la libertad y a la justicia (Instrucción, I y II). Creemos indispensable afirmarlas con plenitud evitando toda interpretación que por sí misma lleve a desnaturalizarlas más que a realizarlas; tenemos la certeza de que "las graves desviaciones ideológicas" que la Instrucción de la Santa Sede denuncia en algunas teologías de la liberación, "conducen inevitablemente a traicionar la causa de los pobres" (Instrucción, Introducción). En comunión con la jerarquía de la Iglesia, creemos que la auténtica liberación es la que se funda en "la verdad sobre Jesucristo el Salvador, la verdad sobre la Iglesia, la verdad sobre el hombre" (Instrucción, XI, 5), y que esa liberación debe comprenderse en el contexto a la vez perenne, dinámico y renovador de la doctrina de la Iglesia, y particularmente de su enseñanza social.

14. Algunos teólogos de la liberación afirman que la doctrina social de la Iglesia no sería instrumento doctrinal apropiado para superar la pobreza y la miseria de los hombres de América latina; ese instrumento sería sólo el análisis marxista de la historia. Constatamos por el contrario que la doctrina social ofrece principios capaces de guiar realmente en la tarea de construir una sociedad en justicia y solidaridad. La adecuada solución de los problemas actuales de América latina no se obtendrá mediante declaraciones simplificadoras, derivadas de la ideología marxista, sino a través de acciones vigorosas basadas en análisis detenidos de las múltiples causas de la pobreza de tantos individuos y familias. Estos análisis podrán ser fecundos si están iluminados por la concepción cristiana del hombre, fundamento último de un orden social justo, y orientados por los criterios, verdades y experiencias recogidos en ese cuerpo de doctrina —enormemente rico, aunque siempre perfectible— que es la enseñanza social de la Iglesia. Particular importancia revisten la ética del trabajo, de las relaciones de producción y de la distribución de los bienes y servicios a todos los miembros de la comunidad.

15. Toda teología auténtica debe asumir esta gozosa y tremenda verdad: lo que se juega en la existencia histórica es la vida eterna; pues la liberación definitiva y total del hombre sólo se da en la consumación del reino de los cielos, en la visión de Dios cara a cara, a la que todos estamos convocados. Esta verdad, lejos de legitimar la opresión activa, es su más profunda condena, como se hace patente en la suerte del rico Epulón: lejos de provocar una evasión de las realidades temporales, es el más formidable impulso histórico liberador de las servidumbres económicas, sociales, políticas y culturales de nuestros pueblos, porque sólo en esta verdad resplandece la suprema dignidad del hombre creado a imagen de Dios y llamado a la filiación divina, y sólo ella fundamenta el imperativo ético que lleva a no considerar jamás al hombre como mero objeto por parte de poder, interés o ideología alguna.

16. Una genuina teología de la liberación supone la realidad de la reconciliación del hombre con Dios, consigo mismo, con los demás y con todo lo creado, tal como se enseña en la Exhortación Apostólica «Reconciliatio et Poenitentia» y en el conjunto del Magisterio Conciliar y Pontificio. Allí hallamos una enseñanza clara sobre los contenidos y valores de la liberación de las servidumbres que tienen su raíz en el pecado, y de la liberación como plenitud del hombre en el encuentro definitivo con Dios. Allí se nos recuerda además que no hay verdadera liberación sin reconciliación ni verdadera reconciliación sin empeño por la liberación. En este espíritu queremos fortalecer el diálogo al servicio de la unidad de la Iglesia.

Los participantes en este Seminario, haciéndose eco de los párrafos finales de la Instrucción «Libertatis nuntius», invitamos a todos los cristianos a reconocer el desafío que Dios mismo nos dirige desde la dramática situación actual del continente latinoamericano, con la generosidad que reclama el seguimiento de Cristo y la esperanza que deriva de la seguridad de la acción del Espíritu y de la protección maternal de María.

S.E. Decide

(De la página A 1)

se registró luego de la decisión presidencial de reabrir el Liceo A-12, cuya clausura había sido anunciada el miércoles último como definitiva por el Secretario de Estado.

Hasta el viernes, el gabinete ministerial estaba integrado por doce civiles y 8 uniformados, dos de ellos en retiro.

El Jefe del Gabinete, Ricardo García, dijo el sábado que las dimisiones en manos del Presidente Pinochet eran solamente las dos citadas y que, por tanto, no había una renuncia colectiva de Ministros.

MINISTROS DIMISIONARIOS

Modesto Collados, de 69 años, quien asumió como titular de Economía en abril de 1984, había señalado al Primer Mandatario, hace dos meses, su deseo de alejarse del cargo debido a razones de salud.

Tras una afección pleural, sufrida en abril pasado, se comprometió con el Presidente Pinochet a dejar orientadas varias e importantes tareas ministeriales, tales como la renegociación de la deuda externa, la formulación del programa macroeconómico para los próximos años y el Programa Trienal.

El renunciado Ministro de Educación, Horacio Aránguiz Donoso, de 43 años, asumió dicha cartera en octubre de 1983, para reemplazar a Mónica Mariaga.

Entre las principales tareas que impulsó Aránguiz, figura la puesta en marcha del Plan Nacional de Educación, el estudio de los anteproyectos de la Ley de Subvenciones y la Ley de Fomento del Libro y la Lectura. Igualmente se preocupó de crear nuevos planes de enseñanza para adultos y promoción del retorno de los exámenes y la calificación con notas en la Enseñanza Básica del país.